6179

MANUEL MAÑAS

EL LEÑADOR

ZARZUELA CÓMICA

en un acto y tres cuadros en prosa

INSPIRADA EN UNA OBRA DE MOLIERE

MÚSICA DE

ZACARIAS LOPEZ DEBESA

Copyright, by Manuel Mañas, 1912

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

2

Al reputadísimo y graciosísimo primer actor y director Manolo Balmaña.

Su antiguo y siempre buen amigo

Manuel Matías

EL LEÑADOR

Al músico y yo le autorizamos para que lia esta obrita sin música mucho se convenga

Su amigo y compañero

Manuel Matías

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el deposito que marca la ley.

EL LEÑADOR

ZARZUELA CÓMICA

en un acto y tres cuadros, en prosa

INSPIRADA EN UNA OBRA DE MOLIERE

LETRA DE

MANUEL MAÑAS

MÚSICA DE

ZACARIAS LOPEZ DEBESA

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO BARBIERI la noche del 4 de Octubre de 1912

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1912

Al incomparable Julio Ruiz, rey de la gracia fina.

Sus admiradores y amigos,

Manuel Mañas.

Zacarías López Debesa.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SOFÍA	Josefina Alvarez.
MELCHORA	Carmen San Martín.
GREGORIA	Paula Abel.
VENANCIO	Julio Ruiz.
DON SATURNINO	Julián Fuentes.
CIRILO	Manuel Pastor.
TIBURCIO, tartamudo	Enrique Angelo.
AMBROSIO	Eduardo Alvaro.
NARCISO	José Vila.

Leñadores, criados y coro general

La acción en la provincia de Huesca.—Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Decoración de bosque y grandes peñascos. Cerca del proscenio habrá un peñasco donde á su tiempo se sienta Venancio

ESCENA PRIMERA

VENANCIO y CORO DE LEÑADORES dentro

Música

Ven. (Partiendo leña de un tronco que habrá en el foro.)
Que vida tan triste.
Coro Que vida tan triste.
Ven. La del leñador.
Coro La del leñador.
Ven. Se pasa la vida.
Coro Se pasa la vida.
Ven. Bañado en sudor.
Coro Bañado en sudor.
Ven. Siempre trabajando.
Coro Siempre trabajando.
Ven. Para mal comer.
Coro Para mal comer.
Ven. Pues nadie la leña.
Coro Pues nadie la leña.
Ven. Hoy puede vender.
Coro Hoy puede vender.
Desde que se guisa
con carbón y gas,

670196

la leña se gasta poco
para encender nada más.
Con los adelantos
nos han fastidiao,
pues hoy no ganamos
para un mal guisao.
Si esto no se arregla
no hay más que pensar.
América nos espera,
es necesario emigrar.

Hablado

Ven. ¡Ridios, y qué duro está este tronco! El hacha se mella toa y él no se parte. ¡Mucho trabajo es éste para ganar tan poco!... (Deja el hacha y baja al próscenio, se sienta en un peñasco y enciende un cigarro.) Dejémoslo y será lo mejor. Ahora vendrá bien un rato de descanso y un cigarrillo. ¡Demonio, cómo aprieta el calor!... Pero allí viene mi mujer. ¿Qué traerá de nuevo?

ESCENA II

DICHO y MELCHORA primer término derecha

Mel. ¡Holgazán! ¿Qué haces ahí sentado y sin trabajar? ¿No sabes que tienes que acabar de partir esa leña y llevarla al pueblo, y ya es cerca de mediodía?

Ven. Déjalo, que si no es hoy será mañana.

Mel. ¡Bonita respuesta!

Ven. Perdóname, mujer. Estoy cansado y me senté un poco á fumar un cigarro.

Mel. ¡Y que yo aguante á un marido tan gandul y sin vergüenza!... Levántate y trabaja.

Ven. Déjame, mujer. Si acabo de sentarme.

Mel. (Empujándolo.) Levántate, bribón.

Ven. Ahora no quiero, dulce esposa.

Mel. ¡Habrase visto canalla semejante!

Ven. Te suplico moderes tu lenguaje. ¡Es mucho trabajo tener mujer! Bien dijo Séneca, la mejor es peor que un demonio.

Mel. ¿Y quien fué Séneca? Algún tendero de ultramarinos.

Ven. No, mujer. Séneca fué...

Mel. Miren qué hombre tan hábil que no sabe quien fué.

Ven. ¿Que no soy hábil? A ver búscame un leñador que sepa lo que yo, ni que haya estudiado el *quis vel qui* y el de *profundis* como yo lo estudié.

Mel. ¡Maldita sea la hora en que me casé contigo!

Ven. Y maldito sea el pícaro cura que nos echó el yugo.

Mel. Haragán, borracho.

Ven. No la enredemos, esposa.

Mel. ¡Infame! Yo haré que cumplas con tu obligación.

Ven. Mira, mujer, que me vas enfadando y no respondo de lo que pueda pasar. (Va al foro, coge un palo y vuelve muy despacio.)

Mel. ¿Y qué cuidado se me da á mí, insolente?

Ven. Mira que te voy á cascar, Melchora.

Mel. ¿Tú á mí, cuba de vino?

Ven. Sí, yo; Melchorita. (Escupiéndose en las manos.)

Mel. Te guardarás muy bien, so zopenco.

Ven. Mira que te voy á solfear las espaldas.

Mel. ¡Infame! Si eres un tío.

Ven. Mira que te voy á romper la cabeza.

Mel. ¿A mí? Bribón, tunante, canalla, ¿á mí?

Ven. Sí, mujer, á ti. ¿Pues á quién creías? Toma, mala pécora. (Le da de palos.)

Mel. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! (Corriendo por la escena.)

Ven. Este es el único medio de que calles.

Mel. No lo creas, chillaré, gritaré y...

Ven. Entonces... (Levantando el palo para sacudirle otra vez.)

Mel. No, no; perdóname, Venancio. (De rodillas y en actitud suplicante.)

Ven. Así me gusta verte. Vaya, hagamos las paces. Dame un abrazo.

Mel. ¿Después de haberme puesto así?

Ven. Si eso no ha sido nada. Vamos.

Mel. No quiero.

Ven. Vamos, hijita.

Mel. No quiero, no.

Ven. Vaya, perdóname; no lo haré más. (Tira el

palo y abraza á su esposa. Esta dice aparte lo que sigue.)

Mel. ¡Si reventaras!

Ven. Perdóname, hija mía. Entre dos que se quieren, diez ó doce garrotazos más ó menos no vale la pena... Mira, voy hasta el monte á recoger una porción de raíces, haré con ellas una carga y mañana con la burra la llevaré á Huesca. (Hace casi mutis y luego vuelve.) Escucha, Melchorita; dentro de poco hay feria en Ayerbe, si voy allá, y tengo dinero, y me acuerdo, y me quieres mucho, te he de comprar unos pendientes de oro de á peseta para que rabie Cipriana. (Abraza á su mujer, coge las alforjas y el hacha y se va por el monte arriba cantando.)

ESCENA III

MELCHORA sola; al poco rato NARCISO y AMBROSIO

Mel. (Mirando á su marido.) ¡Anda que tú me las pagarás!... Una mujer siempre tiene en su mano el modo de vengarse de su marido; pero yo quisiera otro castigo que él sintiera más, aunque á mí no me agradase tanto.

Amb. (Saliendo por la izquierda y monte abajo.) Mala comisión hemos tomado, compañero.

Nar. ¡Qué quieres, amigo Ambrosio! Es fuerza obedecer á nuestro amo; además, la salud de su hija á todos nos interesa. Es tan alegre, tan guapa, tan...

Amb. Pero, hombre, es muy extraño que los médicos no hayan descubierto su enfermedad.

Nar. Su enfermedad bien á la vista está; el remedio es lo que necesitamos.

Mel. (Aparte y oculta hasta el momento preciso.) ¡Qué inventaría yo para vengarme!

Amb. Vamos á ver si el médico de Bolea acierta con ello. ¿Habremos equivocado la senda?

Nar. Yo creo que no.

Mel. (Aparte.) ¡Ah! Ya lo encontré. Los golpes que acaba de darme no puedo olvidarlos. (A ellos.) Muy buenos días, señores.

Nar. Muy buenos.

Amb. ¿Vamos bien por aquí á Bolea?

Mel. Sí, señor. (Indicándole por la derecha muy lejos.) ¿Ve usté aquel noguerón y aquella caseta? Pues too derecho.

Nar. ¿No hay allí un famoso médico que todas las enfermedades las cura en francés?

Mel. ¡Ay, sí señor! Curaba en francés, pero hace tres días que se murió y ya no ejerce.

Nar. ¿Qué dice usted?

Mel. Lo que usted oye. ¿Y para quién iban á buscarle?

Amb. Para una señorita que vive ahí cerca en esa casa de campo junto al río.

Mel. Ya sé. La hija de don Saturnino. ¿Pero qué tiene?

Amb. ¿Y qué sé yo? Un mal que nadie lo entiende del cual ha venido á perder el habla.

Mel. ¡Qué lástima! Pues... (Aparte y con satisfacción.) ¡Ay, qué gran idea! Pues mire usted, aquí tenemos el hombre más sabio del mundo, hace curas maravillosas.

Nar. ¿De veras?

Mel. Sí, señor.

Amb. ¿Y dónde le podemos encontrar?

Mel. Cortando leña en ese monte.

Nar. Estará buscando yerbas salutíferas.

Mel. No, señor. Es un hombre extravagante y lunático; se hace el ignorante y el rústico y no quiere manifestar el talento maravilloso que Dios le dió.

Nar. ¡Es asombroso! Todos los grandes hombres tienen algún ramo de locura mezclado con su ciencia.

Mel. La manía de esto es de lo más particular que se ha visto. No confesará lo mucho que sabe á menos que no le muelan el cuerpo á palos; por lo tanto, les aviso que si no lo hacen no conseguirán nada. Si ven que se obstina en negar, coja cada uno un buen garrote y duro en él, que el confesará. Nosotros cuando le necesitamos nos valemos de ese medio y siempre nos sale bien.

Nar. ¡Que extraña manía!

Amb. ¡Que hombre más original!

Nar. ¿Y cómo se llama?

Mel. Don Venancio. Es muy fácil conocerlo. Es un hombre de mediana edad, moreno, chato, traje burdo y sombrero.

Amb. No se me despintará.

Nar. Ni á mí tampoco. ¿Y ese hombre hace curas tan difíciles?

Mel. ¿Curas dice? ¡Milagros se pueden llamar! No hace dos meses que murió en Quinzano una pobre mujer; ya iban á enterrarla cuando Dios quiso que este hombre se encontrara en la calle por donde pasaba el entierro. Se acercó, examinó á la difunta, sacó un frasquito, le echó en la boca unas gotas de yo no sé qué y la muerta se levantó tan alegre cantando la jota.

Nar. ¿Será posible?

Mel. Lo presencié yo. Mire usted, hará veinte días que un chico de unos doce años se cayó de la torre de Aníes, y se le troncharon las piernas y se le quedó hecha una tortilla la cabeza. Pues bien, llamaron á don Venancio, él no quería ir, pero mediante una buena paliza lograron que fuese. Llegó, sacó cierto ungüento que llevaba en un tarrito y con un pincel le fué untando al pobre muchacho, hasta que al cabo de un rato se puso en pie y se fué corriendo á jugar á la pelota con otros chicos.

Amb. Pues ese hombre es el que necesitamos. Vamos á buscarle.

Mel. Pero, sobre todo, acuérdense de los garrotazos.

Nar. Ya, ya estamos en eso.

Mel. Debajo de aquel árbol hallarán buenas estacas.

Amb. ¿Sí? Voy por un par de ellas. (Va al foro, coge dos palos y le entrega uno á Narciso.)

Nar. ¡Es lástima que tengamos que valernos de este medio!

Mel. Cierto; pero no hay más remedio. (Medio mutis.) ¡Ah! Cuiden de que no se les escape, porque corre más que un galgo y no lo vuelven á ver. (Mirando foro izquierda.) Ya viene. Yo me voy, hablen ustedes con él, y si no quiere hacer bondad, estacazo limpio. Adiós.

ESCENA IV

NARCISO y AMBROSIO

Amb. Fortuna ha sido haber encontrado á esta buena mujer. (Los dos miran al foro.) Pero, ¿no ves que traza de médico?

Nar. Sí, ya lo veo, pero... Mira, retirémonos uno á un lado y otro á otro, para que no se nos pueda escapar. Lo trataremos con la mayor cortesía, ¿entiendes?

Amb. Sí.

Nar. Y sólo en el caso preciso...

Amb. Bueno... Entonces me haces una seña... y le ponemos verde.

Nar. Pues ocultémonos que ya llega. (Se ocultan uno á cada lado.)

ESCENA V

DICHOS y VENANCIO, con el hacha y las alforjas al hombro. Se sienta en el suelo y saca la bota de las alforjas

Música

Ven. Siento haber zurrado
á mi mujercita,
porque es cariñosa,
graciosa y bonita.
Mas el polvo algunas veces
es preciso sacudir,
y si es preciso, no debo
dejarlo yo sin cumplir.
Perdona, Melchora,
si te molesté,
que hasta que haga falta
no te zurraré.
Ven acá tú, rica, (Acariciando la bota.)
no me desesperes;
es mejor el vino
que algunas mujeres. (Bebe.)
Porque bebo mucho vino
me llaman el borrachón,

y porque zurro á mi esposa
dicen que soy un bribón.
En hablando de bebida
no me puedo dominar;
y bebo, porque me gusta,
y es sabroso al paladar.
Es beber
mi placer,
y siempre me da la mona
por zurrar á mi mujer.
¡Ay de mí!
qué pensar.
Si es que el vino es mi delicia,
no lo puedo remediar.
Cuando sea diputado,
ó ministro ó senador,
he de procurar se vote
que sea libre el amor.
De ese modo las mujeres,
como no se casarán,
estarán más cariñosas
y no nos fastidiarán.

Hablado

Ven. (Va á dejar la bota en el lado por donde sale Ambrosio, éste se quita el sombrero y le hace una reverencia. Venancio cree que es para quitarle la bota y la pone al otro lado diciendo.) Arre allá, diablo. ¿Qué buscará este animal? (Narciso, que sale por otro lado.) ¿Qué es esto? ¿Otro zángano? (Guardando la bota entre las piernas y tapándola con las alforjas.) La guardaremos, porque éstos no tienen cara de hacer cosa buena.

Nar. ¿Es usted un caballero que se llama don Venancio?

Ven. No y sí, según lo que ustedes quieran.

Nar. Pues queremos obsequiarle y tener la honra de besar su mano.

Ven. (Aparte.) (Estos no están buenos.) (Se quita el sombrero y lo deja á un lado.) Siendo así, yo me llamo don Venancio.

Amb. Pues con todo cariño...

Nar. Con la mayor cortesía...

Amb. Con todo respeto...

Nar. Y con la veneración que usted se merece...

Ven. (Aparte.) Parecen arlequines, todo se les vuelve cortesías y movimientos.

Nar. Pues, señor, venimos á implorar su auxilio.

Ven. Hablen ustedes, que si es algo que yo puedo hacer, lo haré.

Nar. Muchas gracias. Pero cúbrase usted.

Amb. Sí, hombre, cúbrase usted, que el sol le incomodará.

Ven. Bueno, señores, ya estoy cubierto. (Se pone el sombrero y los otros también.)

Nar. Enterados de sus grandes condiciones y de su gran talento, no le extrañará que nosotros...

Ven. Claro que no; como que soy el único para cortar leña.

Amb. Pero señor...

Ven. Si ha de ser de encina no la daré menos de dos reales la carga.

Nar. Ahora no tratamos de eso.

Ven. La de pino la daré más barata.

Nar. ¡Señor don Venancio!

Ven. La de raíces...

Nar. Basta. Esto es burlarse.

Ven. Yo, señores...

Amb. Suplico á usted que hable de otro modo.

Ven. Pues me parece que bien claro me explico.

Nar. ¡Un hombre tan sabio! ¡Un insigne médico!

Ven. ¿Quién, yo?

Nar. Usted, no hay que negarlo.

Ven. Usted será el médico y toda su generación, que yo en mi vida lo he sido.

Amb. ¿Para qué disculparse si lo sabemos todo?

Ven. Pero en suma, ¿quién soy yo?

Nar. Un gran médico.

Ven. (Echándose á reir.) ¡Qué disparate!

Nar. Con que vamos, no hay que negarlo que no venimos de broma.

Ven. Vengan ustedes como vengan, yo no soy médico, ni lo he pensado jamás.

Amb. Me parece que será necesario... (Indicando la acción de zurrarle.)

Nar. Sí; yo creo que sí.

Amb. Vamos, confiese usted que es médico y acabemos.

Ven. Pero si yo...

Nar. ¿Para qué fingir si todos lo saben?

Ven. ¿Todos? Pues yo digo que no soy médico. (Quiere marcharse, ellos lo detienen.)

Nar. ¿No?

Ven. No, señor.

Amb. Con que no, ¿eh?

Ven. El diablo me lleve si entiendo una palabra de medicina.

Nar. Entonces tendremos que valernos del remedio consabido. (Haciéndole una seña á Ambrosio.)

Ven. ¿Y qué remedio es?

Amb. Este. (Los dos le pegan; él trata de escaparse, pero le cogen siempre las vueltas.)

Ven. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! Basta, que yo soy médico y todo lo que quieran. (Se quita el sombrero y se lleva la mano á la cabeza para ver si le han hecho sangre.)

Nar. ¿Y para qué nos obliga á esta violencia?

Amb. ¿Para qué darnos el trabajo de pegarle?

Ven. El trabajo es para mí que lo sufro. Pero, señores, ¿qué humorada es esta?

Amb. ¿Aún no confiesa que es doctor?

Ven. No, señor.

Nar. ¿Con que no es usted médico?

Ven. No, hombre, no.

Amb. Con que no, ¿eh? (Le pegan otra vez.)

Ven. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! (Arrodillándose y en actitud de súplica.) ¡No más, por Dios, que yo soy médico!

Amb. ¿De veras?

Ven. Sí, señor; y cirujano, y veterinario, y boticario, y todo lo que ustedes quieran.

Nar. (Levantándole.) Así me gusta verle.

Amb. Ahora sí que parece un hombre formal.

Ven. ¿Sí, eh? (Aparte.) (¡Pues maldita sea vuestra estampa!) ¿Seré yo médico y no habre reparado en ello?

Nar. Naturalmente.

Ven. ¿Pero está usted seguro?

Nar. Segurísimo.

Ven. Pues lléveme el diablo si yo sabía una palabra.

Nar. ¡Un profesor tan eminente!

Amb. ¡Un médico que ha curado tantas enfermedades mortales!

Ven. ¡¡Qué me cuentan ustedes!!

Amb. ¡Una mujer que estaba ya muerta!...

Ven. ¡Y levanto yo el muerto!...

Nar. ¡Un muchacho que se cayó de una torre y se hizo la cabeza una tortilla!...

Ven. ¿También le curé yo la tortilla?

Amb. También.

Ven. Entonces no cabe duda, soy un gran doctor.

Nar. Vamos allá. Se trata de asistir á una señorita muy rica, que vive muy cerca. Lo tratarán muy bien y le darán mucho dinero.

Ven. ¿Me tratarán bien y me darán mucho dinero? Pues... vamos allá.

Nar. Recógele esos trastos.

Ven. No; eso no. (Quitándole la bota a Ambrosio que está recogiéndolo todo.) La bota conmigo.

Nar. ¡Pero hombre, por Dios, un médico con bota!

Ven. No importa; yo soy muy llano. (Hablando consigo mismo.) La pulsaré, la recetaré algo... La mato, no cabe duda. Si no quiero ser médico me volverán á zurrar, y si lo soy me zurrarán también. ¡Si yo pudiera escaparme!... (A ellos.) ¿Pero les parece á ustedes que este traje es propio para un hombre tan sabio como yo?...

Nar. No hay que apurarse: antes de presentarle lo vestiremos como usted se merece.

Ven. ¿Sí?

Amb. Sí.

Ven. (Aparte.) Entonces ya sé el traje; una albarda por bruto. Si me acordara de las palabras que mi amo el médico les decía á los soldados cuando estuve de asistente... saldría del paso.

Nar. ¿Qué estará pensando?

Amb. No sé. Don Venancio, ¿vamos?

Ven. (Aparte.) Y aquel libro de... aquel sí que era bueno. (Recordando.) *Vaselina, morfina, estrinina, cocaína...* ¡Demonio de medicina! Todo termina en *ina.*

Nar. ¿Está usted dispuesto?

Amb. ¿Será cosa de que otra vez?... (Hace ademán de volver á pegarle.)

Ven. ¡No, hombre, no! Es que estaba pensando en el plan curativo. ¿Ven ustedes aquellas matas que están á la izquierda de aquella encina? (Indicándoles por la izquierda.)

Nar. } Sí. (Miran muy entusiasmados y cuando se dan cuen-
Amb. } ta de la fuga de Venancio echan á correr tras él.)
Ven. Pues con aquello se curará la señorita... (Aparte y marchándose.) Y se salvará este nuevo médico.
Amb. Cuando yo te decía que era un gran ..
Nar. (Al ver que se ha marchado.) Pillo, granuja, á ese. (Echan á correr tras él y cae el telón.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Jardin con estatuas, bancos, sillas y mecedoras. En la izquierda casa-palacio, con escalinata. Todo del mejor gusto posible

ESCENA PRIMERA

DON SATURNINO sentado. GREGORIA, NARCISO, AMBROSIO y demás criados y criadas de pie

Música

Coro Ya tenemos al médico
más sabio de la tierra,
que resucita muertos
y hasta las piernas pega.
Sat. ¿De dónde habéis sacado
doctor tan eminente?
Coro Nos lo hemos encontrado
cortando leña enfrente.
Sat. ¿Cortando leña dices? (A Narciso.)
Coro En el monte vecino.
Sat. ¿No buscaría yerbas?
Coro Quizá, mas no adivino...
Unos Qué extraño.
Otros Qué raro,
es el buen doctor.
Unos Callarse.
Otros Y oigamos.
Todos Será lo mejor.
Unos Silencio.
Otros Prudencia.

Unos Mucha precaución.
Otros Que este sabio dicen...
Unos Que es un gran bribón.
Otros No confiesa nunca
su sabiduría
si no se le zurra.
Unos ¡Vaya una manía!
Pues... le zurraremos
si hay necesidad.
Otros Si se niega, duro.
No tener piedad.

Hablado

Sat. ¿Conque es tan listo?
Nar. Hace curas maravillosas.
Amb. Resucita muertos.
Nar. Pero tiene muchas rarezas...
Amb. Y se burla de todos.
Sat. Ya tengo ganas de conocerle. Vete por él, Narciso. Y vosotros (A los otros criados.) marcharos también, y tener mucho cuidado por si trata de escaparse.
Amb. Está bien, señor. No se escapará.
Sat. Que venga en seguida. (Narciso entra en la casa; los demás se van por distintos lados del jardín.)

ESCENA II

DON SATURNINO, GREGORIA y AMBROSIO

Greg. (Con mucho retintín.) Me parece que aunque el médico sea un pozo de ciencia no haremos nada.
Sat. ¿Por qué?
Greg. Porque la señorita no necesita médicos, sino marido.
Sat. ¿Qué dices?
Greg. Digo, que con un buen marido sanará en seguida.
Amb. (Aparte.) Calla, mujer.
Sat. La chica no piensa en eso. Es muy niña.
Greg. Niña, ¿eh? Cásela usted y verá si es niña.
Sat. Más adelante no digo, pero ahora...

Greg. Ahora es la ocasión de llamar al novio, y ya verá qué pronto se pone buena.

Amb. (Aparte.) Vamos, calla.

Greg. (Idem.) No me da la gana; que yo sé lo que nos pasa á las mujeres.

Sat. ¿A qué novio, habladora?

Greg. A don Cirilo.

Sat. ¡Ya sé que ronda la casa, pero como yo le coja!... ¡Bonito matrimonio íbamos á hacer! ¡Un joven que acaba de salir de la universidad con la cabeza llena de ilusiones y sin una peseta en el bolsillo!

Greg. Eso es lo de menos; su tío es muy rico y suplirá esta falta. Luego con la dote que usted dé á su hija, podrán...

Sat. ¡Vete al infierno, habladora!

Greg. En diciendo las verdades...

Sat. (Incomodado.) Vete y no me repliques.

Amb. Márchate, mujer; y no te metas en lo que no te importa. El señor no necesita de tus consejos.

Sat. Dice muy bien tu marido, vete, que yo sabré... Hoy quizá vendrá un pretendiente, que me parece ha de llenar todas las aspiraciones de mi hija.

Greg. Lo dificulto, porque ella está muy enamorada de don Cirilo, y si no es con ese...

Sat. Será con otro, charlatana del demonio. ¡Yo soy su padre y...!

Amb. (Mirando á la izquierda) El médico viene.

ESCENA III

DICHOS, VENANCIO y NARCISO por la izquierda. Venancio con traje de levita y sombrero de copa (que le sienta muy mal) y su correspondiente bastón

Nar. Señor don Saturnino, aquí tiene usted al gran médico, al doctor infalible, al asombro del mundo.

Ven. No tanto; no tanto.

Sat. Tengo un verdadero placer en conocer á usted, señor doctor. (Se quitan los sombreros y se estrechan las manos.)

Ven. Ya me lo figuraba. (Después de una pausa.) Hipócrates dice que nos cubramos.

Sat. ¿Lo dice Hipócrates?

Ven. Sí señor.

Sat. ¿Y en qué capítulo?

Ven. En el capítulo de los sombreros.

Sat. Pues si lo dice Hipócrates, cubrámonos.

Ven. Pues como decía, señor doctor; la razón más poderosa para...

Sat. ¿Pero con quién habla usted?

Ven. Con usted.

Sat. ¿Conmigo? Pero si yo no soy médico.

Ven. ¿No?

Sat. No señor.

Ven. Pues ahora verás lo que te sucede. (Se va hacia él con el bastón levantado para pegarle; don Saturnino huye; los criados sujetan á Venancio.)

Sat. ¿Qué hace usted?

Ven. Graduarte de médico; es costumbre de esta tierra.

Sat. Sujetadle bien. ¿Pero qué loco me habéis traído aquí?

Nar. No haga usted caso; es que es muy bromista.

Sat. ¿Sí? Pues que vaya al infierno con sus bromas.

Amb. No tenga usted miedo. Si lo hace por gracia.

Sat. Pues á mí, maldita la que me ha hecho.

Nar. Mire usted, doctor, este caballero es padre de la señorita que usted ha de curar.

Ven. (Va hacia don Saturnino con los brazos abiertos; éste huye.) ¡Oh! perdone usted, señor... padre, esta libertad...

Sat. Está usted dispensado.

Ven. Yo siento..

Sat. No, no ha sido nada... (Aparte.) ¡Maldita sea tu estampa! (Le indica que se siente. Saca cigarros y le ofrece á Venancio; enciende éste primero y al darle la cerilla á don Saturnino le quema los dedos. Pausa larga, mientras hacen todo lo indicado.) Vamos al asunto que me interesa, querido doctor.

Ven. (Levantándose.) Vamos donde usted quiera.

Sat. (Indicándole que se siente.) No, hombre. Quiero decir... Yo tengo una hija muy mala...

Ven. Muchos padres se quejan de lo mismo.

Sat. No es eso. Quiero decir que está enferma.

Ven. ¡Ya! Muy delicada.

Sat. Sí señor.

Ven. Me alegro mucho.

Sat. ¿Cómo?

Ven. Digo, que me alegro de que su hija necesita de mi ciencia; y ojalá que usted y toda su familia, estuviesen á las puertas de la muerte para ver si podía curarles.

Sat. Le agradezco su deseo.

Ven. Lo digo de corazón.

Sat. Ya me lo figuro.

Ven. ¿Y su niña, cómo se llama?

Sat. Sofía.

Ven. ¡Bonito nombre para curarse! ¿Y esta joven quién es?

Sat. Esta es doncella de mi hija y mujer de Ambrosio.

Ven. ¡Guapa chica!

Sat. Sí señor. Yo también se lo dije hace mucho tiempo. Vaya, voy á buscar á la chica para que usted la vea.

Ven. Sí, sí; vaya usted.

Greg. Durmiendo quedaba.

Sat. No importa, la despertaremos; ven tú, Narciso.

Nar. Allá voy, señor. (Vanse por la izquierda.)

ESCENA IV

VENANCIO, GREGORIA y AMBROSIO

Ven. (Acercándose á Gregoria con ademanes y gestos muy expresivos.) ¿Pero es verdad que es usted la mujer de ese joven?

Greg. Para servir á usted.

Ven. Ojalá. (Gregoria rie.) ¡Ay, qué dientes tan blancos y qué risa más graciosa!... ¡Pues y los ojos!... En mi vida he visto un par de ojos tan habladores ni tan hermosos!

Amb. (Aparte.) (Ni yo un tío tan sinvergüenza como este médico.) ¡Pero hombre! ¿Delante de mí se atreve á requebrar á mi mujer? Yo no sé cómo no cojo una estaca y... (Mirando por todas partes.)

Ven. (Suplicando.) No, por Dios. ¡Tenga usted com-

pasión de mí y no me examine más de médico!

Amb. Pues mucho cuidado.

Ven. Lo tendré. (Aparte.) Este es más bruto que yo.

Amb. No tanto, amiguito, que esto ya pasa de la raya.

Greg. (Aparte.) Yo no puedo contener la risa. (Mirando á la izquierda.) Ya viene la señorita.

ESCENA V

DICHOS, SOFÍA, DON SATURNINO y NARCISO

Sat. Animo, hija mía, que con el talento de este señor, en breve recobrarás tu salud. Esta es la niña, doctor. (Los criados traen una butaca de jardín para Sofía y sillas para Venancio y don Saturnino. Los criados en pié y en segundo término.)

Ven. ¿Conque esta es su hija?

Sat. No tengo otra, y si se me llegara á morir me volvería loco.

Ven. Ya se guardará muy bien. ¿Pues qué, no hay más que morirse sin licencia del médico? No señor, no se morirá. ¡Hermosa cara!

Sofía (Riendo) ¡Ja, ja, ja, ja!

Sat. ¡Gracias á Dios que se ríe!

Ven. ¡Gran señal! Cuando el médico hace reir á los enfermos... es que éstos no están tristes. Y vamos á ver; ¿qué le duele á usted?

Sofía ¡Bá, bá, bá, bá, bá!

Ven. ¿Eh? ¿Qué dice?

Sat. Pues.. pues eso.

Ven. No entiendo una palabra.

Sofía ¡Bá, bá, bá, bá, bá!

Ven. Bá, bá, bá, bá, bá. ¡Ah! Ya sé. Que se le cae la baba.

Sat. No es eso, doctor. Es que se ha quedado muda, sin que se pueda saber la causa. ¡Ya ve usted qué desgracia!

Ven. Al contrario; una mujer que no habla es un tesoro. La mía no padece esa enfermedad, y

si la padeciera, yo me guardaría muy bien de curársela.

Sat. Sin embargo, yo le suplico que trate de quitarle ese impedimento.

Ven. Se le quitará, no hay cuidado. ¿Come bien?

Sat. Sí señor, y con bastante apetito.

Ven. ¡Malo! ¡malo! ¡malo! ¿Duerme mucho?

Sat. Unas ocho ó nueve horas, y muy tranquila.

Ven. ¡Malo! ¡malo! ¡malo! ¿Le duele la cabeza?

Sat. No señor.

Ven. ¿No? ¡Malo! Venga el pulso. Este pulso indica... Sí .. No hay duda. ¡Está claro!...

Sat. ¿Qué indica?

Ven. Que su hija de usted ha perdido el habla.

Sat. ¿Será cierto?

Ven. Como usted lo oye; pero no hay que apurarse, curará.

Sat. ¿De veras?

Ven. ¡Cuando yo se lo aseguro!...

Sat. ¡Este hombre es un prodigio!

Amb. ¿No se lo decíamos á usted?

Greg. (Aparte.) (Pues á mí me parece un animal.)

Amb. Cállate, mujer.

Greg. No quiero.

Sat. ¿Y qué opina usted que debemos hacer?

Ven. Pues yo creo... á ver la lengua... ¡Ay, qué lengua más mona! ¿Veamos el pulso? .. Pues como decía... ¿Usted entiende el latín?

Sat. No señor.

Ven. (Aparte.) (Ni yo tampoco.) Hipócrates en su libro 14 página 1.023 decía... *Lingua, lingüis, linguorum.* Que quiere decir que hace falta hacer gimnasia lingüística, para que ésta esté siempre dispuesta á decir lo que la parezca bien, y por lo tanto... ¿Están ustedes?

Greg. Sí señor, aquí estamos todos hechos unos bobos.

Nar. Es mucho hombre este.

Amb. Es un pozo de ciencia.

Sat. ¿Y qué le parece á usted que hagamos con la enferma?

Ven. Lo primero acostarla. Luego darle unas buenas friegas por todo el cuerpo para... Eso yo mismo lo haré. Después tomará cada media hora una gran sopa en vino.

Greg. ¡Qué bárbaro!

Sat. ¿Y para qué sirve la sopa en vino?

Ven. ¡Ay, amigo mío, qué falta le hace á usted un poco de alquimicitis! Pues no sabe usted que la sopa empapada en vino hace hablar á los mudos?

Sat. No señor, no lo sabía.

Ven. Usted no sabe nada.

Sat. Es cierto, no sé nada; pero como no he estudiado, ni...

Ven. ¿Pero no ha visto usted, ¡infeliz! cómo atracan á los loros con pan mojado en vino?

Sat. Sí señor.

Ven. ¿Y no hablan los loros?

Sat. Muchísimo.

Ven. Pues para que hablen se les da, y para que hable también se lo daremos á su hija, y dentro de poco hablará más que veinte cotorras.

Sofía ¡Ja, ja, ja, ja!

Ven. ¿Lo ve usted? Ya se ríe. El efecto de la sopa.

Sat. ¡Algún ángel le ha traído á usted á mi casa, señor doctor!

Ven. No; sus criados de usted, señor don...

Sat. Saturnino Cachomedirregorrigorria.

Ven. Bueno, ya me lo dirá usted otro día.

ESCENA VI

DICHOS y TIBURCIO por el foro, puerta del jardín. Tipo ridículo y tartamudo

Tib. (Desde la puerta.) ¿Se... se.. se.. puede?

Sat. Adelante. Usted dirá lo que desea.

Tib. Pu... pu... pues... yo... soy el so... so... so...

Ven. (Aparte á Narciso.) Tráete la sopa en vino para este.

Tib. Sobrino... de... de... don Epi... Epifanio, y... y... Venía.. para... para...

Ven. Pare usted, hombre, pare usted, que ya nos lo figuramos. Para que yo le cure á usted.

Tib. No... no... no... señor. Si... yo... no... no... estoy ma... ma... malo.

Ven. Dice que no está malo, y está casi mudo.

Sat. Déjelo usted que se explique.

Greg. Difícil lo veo.

Amb. Cállate.

Greg. No me da la gana.

Tib. Pu... pues... yo... soy el... el... fu... fu... fu...

Ven. ¡Zape!

Tib. Futuro no... no... no...

Ven. No puede ser curar á este individuo.

Tib. Novio de... de... su hija de... de... usted.

Sat. ¿Usted es Tiburcio, el sobrino de don Epifanio?

Tib. El... el... mismo.

Sat. ¡Acabáramos! Aquí tiene usted á mi hija.

Tib. Se... se... señorita.

Sofía Bá, bá, bá, bá.

Tib. ¿Qué... qué... dice?

Ven. Que va usted bien, que se arranque por derecho.

Tib. ¿Co... co... cómo?

Ven. Como usted quiera.

Sat. No le haga usted caso; es que el doctor es muy bromista.

Tib. Ya... ya... lo... veo.

Ven. Tendrá que ver este matrimonio si llegan á casarse. Ella con la baba y él con el fu-fu.

Sat. Sí que llegarán, porque el chico es muy guapo y tiene una gran fortuna.

Ven. (Aparte.) ¡Pues no dice que es guapo, y parece un mono!

Tib. Pe... pe... pero su... su... hija no.... no.. habla.

Sat. Es que esta un poco delicada y le ha prohido el doctor que hable.

Ven. ¿Yo?

Sat. Sí, hombre, usted.

Ven. (Aparte.) (¡Estaré yo loco!) Pues si he mandado que preparen la sopa en vino para...

Sat. Para que se alimente, ya lo sé.

Ven. No, señor, si es...

Sat. Bueno; ya volverás cuando gustes por esta tu casa Perdona que te tutee.

Tib. Pu... pues hasta lu... lu... luego ó... ó... hasta ma... ma... mañana.

Sat. Hasta cuando tú quieras, Tiburcio.

Greg. (Aparte.) (Tiburcio tenía que llamarse este estúpido.)

Tib. A... á... los pi... pies de usted se... se... señorita.

Sofía Bá, bá, bá, bá.

Tib. ¿Qué... qué... qué dice?

Greg. Que se vaya usted... con... con... con Dios. ¿Lo ve usted? Ya se me ha pegado.

Sat. (Aparte.) No deja de tener gracia esta pícara.

Tib. A... á... a.. Dios, se... se... señores.

Ven. Vaya usted con Dios, y... aliviarse.

Tib. ¿De... de... qué?

Sat. De ese pequeño defecto que tienes en la pronunciación. (Lo va acompañando hasta la puerta del jardín.)

Ven. ¡Pues no dice pequeño!

Sat. Cuando vuelvas veremos si te lo quita este gran médico.

Ven. (Aparte.) ¡Como no le quite la cabeza!... ¡Pues señor, estoy aviado! Entre una muda y un casi mudo, me van á poner en el mayor de los apuros. ¿Si yo pudiera escaparme?... ¡Ca, imposible! No siento los palos recibidos, lo que siento es... los que me darán dentro de poco.

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Sala bien amueblada con puertas laterales y en el foro. Es

ESCENA PRIMERA

VENANCIO por el foro, sin sombrero ni bastón. En seguida DON SATURNINO por la derecha

Ven. ¡Nada! ¡Imposible escabullirse por ninguna parte! Todos me vigilan. ¡Ay, Venancio, que mal se está poniendo esto!

Sat. (Saliendo.) No hay forma de conseguir que se acueste. Ya están preparando la sopa en vino que usté mandó. Veremos lo que sucede.

Ven. Qué ha de suceder, que se pondrá buena.

Sat. ¿De veras?

Ven. Como usted lo oye.

Sat. ¡Ay, amigo mío, no sé con qué pagarle!... (Sacando unos billetes de la cartera.) Tome usted esta pequeña cantidad en recompensa de sus grandes servicios.

Ven. ¡Usted me ofende! Yo no hago estas cosas por dinero. Yo visito á los enfermos por humanidad.

Sat. Todo eso le honra muchísimo, pero tómelos usted que son de los nuevos.

Ven ¿Son de los nuevos?

Sat. Sí, señor.

Ven. Entonces los tomaré, porque todo lo nusvo place. (Cogiéndole los billetes.)

Sat. Hasta luego, voy á ver si le han dado la sopa.

Ven. Es usted un padre modelo.

Sat. Lo mismo era su madre. (Mutis derecha.)

ESCENA II

VENANCIO y en seguida CIRILO por el foro con mucho misterio

Ven. (Mirando los billetes.) Pues señor, este oficio de médico debe producir mucho. Si no siéndolo me dan tanto dinero, ¿qué sería si lo fuese?

Cir. (Aparte.) (Estoy decidido.) Señor doctor, yo necesito de su protección y espero...

Ven. (Después de mirarlo le toma el pulso y hace muchos gestos.) Veamos el pulso... ¡Malo! ¡malo! ¡no me gusta! Esto es una... sí... una... ¿Qué padece usted?

Cir. Yo, nada: si yo no podezco ninguna enfermedad.

Ven. (Ofendido.) ¿Pues entonces, á qué viene usted?

Cir. A decirle á usted que soy yo Cirilo.

Ven. Pues podía haberse evitado el viaje, porque á mí lo mismo me da que se llame usted Cirilo, que Antón Pirulero. (Levantando la voz.)

Cir. (Con misterio.) No grite usted, por Dios.

Ven. Me da la gana; para eso estoy en mi casa. Digo, en mi casa no; pero...

Cir. Mire usted, yo estoy enamorado de Sofía y ella me corresponde, pero su padre no consiente que nos hablemos y...

Ven. (Aparte.) Aunque lo consintiera sería lo mismo.

Cir. Y por eso vengo, para suplicarle me proporcione una ocasión de hablarla con cualquier pretexto.

Ven. (Incomodado y dando voces) ¡Muy bien!, eso quiere decir que sirva de alcahuete. ¡Un médico! ¡Un sabio como yo!... Quítese de mi vista si no quiere que...

Cir. Cálmese, caballero.

Ven. ¡Es mucha insolencia!

Cir. Calle usted, señor, no grite.

Ven. Gritaré. . Chillaré... ¡Pues no faltaba más!...

Cir. Por Dios, señor doctor.

Ven. ¡Yo alcahuete! Si no fuera por... (Levantando el brazo como para pegarle.)

Cir. (Cogiéndole el brazo con cariño.) No es para tanto, señor doctor. Yo le pido mil perdones y le suplico acepte este pequeño obsequio, (Sacando unos billetes de la cartera y entregándoselos.) para mitigar, en parte, la ofensa inferida.

Ven. (Cambiando de actitud y de tono.) No, si no ha sido nada; pero es que...

Cir. Confieso mi error, y le ruego admita esta pequeñez que por ahora puedo ofrecerle.

Ven. ¿Son de los nuevos?

Cir. No, señor, de los antiguos.

Ven. Entonces los tomaré, porque soy muy aficionado á las antigüedades.

Cir. Pues como decía, la chica me quiere, pero su padre no consiente que nos casemos por no soltar la dote.

Ven. ¿Es de veras?

Cir. Como usted lo oye. Ella ha fingido estar enferma y nada. Le dijo que se metería monja y tampoco. Se ha hecho la muda, aunque no lo está, y como si no fuera con él...

Ven. ¿De manera que todo es una farsa?

Cir. Todo, menos el querernos casar.

Ven. ¿Le conoce á usted el padre?

Cir. Personalmente, no.

Ven. ¿Y los criados?

Cir. Gregoria está en el secreto; y su marido que lo sospecha, calla.

Ven. Está bien; hoy mismo se casará usted con esa joven.

Cir. ¿Es de veras?

Ven. ¡Cuando yo lo digo!...

Cir. ¿Será posible?

Ven. ¿No le he dicho ya que sí? Le casaré á usted con ella, y con su padre, y con toda su parentela Le diré que es usted .. boticario.

Cir. ¡Pero si yo no entiendo una palabra de farmacopea!

Ven. Lo mismo me sucede á mí. Tanta medicina sé yo como un perro de presa.

Cir. ¿Pero no es usted médico?

Ven. No, señor. Ellos se han empeñado en que lo sea y me han examinado de una manera particular. Retírese un momento, que yo le llamaré.

Cir. Está, bien, pero...

Ven. Calle y espere. (Empujándolo hasta la puerta del foro)

ESCENA III

VENANCIO, GREGORIA y á su tiempo AMBROSIO

Greg. Señor doctor, me parece que la enferma le quiere dejar á usted mal.

Ven. Como no me dejes tú, hermosa mía, lo demás me importa un bledo. ¡A ti sí que te curaría yo!

Greg. (Con guasa.) Si no estoy enferma.

Ven. Pues... á tu marido. ¡Qué celoso y qué bruto es!

Greg. Cada uno cuida de lo suyo.

Ven. (Queriéndola abrazar.) ¿Y por qué ha de ser suyo ese cuerpo tan gracioso y tan?... (Ambrosio pasa por debajo del brazo de Venancio y se quedan abrazados. Pausa. Los actores saben lo que hay que hacer. Gregoria se va riendo izquierda.)

Amb. ¿No le he dicho á usted que no me gustan esas bromas?

Ven. Sí, pero como aquí no hay malicia.

Amb. Con malicia ó sin ella, le voy á romper las muelas si vuelve á mirarla. ¿Lo entiende usted bien?

Ven. Sí, señor. Se explica usted perfectamente.

Amb. (Empujándole.) ¡Habrase visto mono semejante!

ESCENA IV

DICHOS. DON SATURNINO y en seguida CIRILO

Sat. ¡Ay, señor doctor! Mi niña no se alivia. Desde que ha tomado la sopa en vino está muchísimo peor.

Ven. Eso es bueno.

Sat. ¿Eh?

Ven. Digo que es bueno, porque es señal que va obrando el remedio. No hay que afligirse. ¿No me ve usted á mí qué tranquilo estoy? Ahora verá usted. (Llamando desde la puerta del foro.) Don Ruperto, don Ruperto.

Cir. (Dentro.) Voy en seguida.

Sat. No comprendo...

Ven. Ya lo comprenderá usted, don Ruperto.

Cir. (Saliendo.) ¿Mandan ustedes algo?

Ven. Sí, señor.

Sat. ¿Y quién es este caballero?

Cir. Pues yo soy...

Ven. Un excelente *farmacopíbilis*. Boticario, como ustedes dicen. Es un gran profesor Lo he mandado venir para que prepare unos sinapismos de flores amorosas y fugitivas, que será necesario aplicarle á la enferma.

Sat. ¡Usted está en todo!

Ven. Sí, señor, en todo... (Aparte.) Lo que no debía estar. (En este momento sale Sofía por la derecha.)

Sat. Mírela usted qué caída está.

Ven. No importa, yo le aseguro que sanará muy pronto.

ESCENA V

DICHOS. SOFÍA, GREGORIA y NARCISO

Ven. Examínela usted bien, don Ruperto; veremos si opina como yo.

Sat. ¿Es hombre de talento?

Ven. ¡Uf! No tiene usted idea. Este es capaz de hacer hablar á un muerto.

(Cirilo habla con Sofía, la mira la lengua y la pulsa. Gregoria habla con ellos. Lejos de estos, Venancio y don Saturnino. En otro lado, Narciso y Ambrosio.)

Sat. ¿Es de veras?

Ven. Como usted lo oye. Yo no miento.

Sat. Ya me figuro que será un gran pez.

Ven. (Aparte.) Cuando se escurra me lo dirás.

Sofía Sí, Cirilo de mi alma; tuya ó de nadie.

Sat. ¿Eh? ¿Será ilusión mía? (Dirigiéndose al grupo de su hija.) ¿Ha hablado mi hija, Gregoria?

Greg. Sí, señor; ha dicho tres ó cuatro palabras.

Sat. ¡Bendito sea Dios! (Abrazando á su hija y luego á Venancio.) ¡Hija de mi alma! ¡Médico admirable!

Ven. (Paseando muy satisfecho.) Esto con la sopa nada más. Pues si le doy el cocido... ¡Trabajo me ha costado curarla! Aquí hubiera querido yo ver toda la veterinaria junta á ver lo que hacía.

Sat. ¿Conque ya puedes hablar? Dinos algo, hija de mis ojos.

Nar. (Aparte á Ambrosio.) Aquí hay gato encerrado.

Amb. (Aparte á Narciso.) Cállate y déjalo, que ya veremos.

Sofía Sí, padre querido; ya puedo hablar para decirle que adoro á Cirilo y quiero casarme con él.

Sat. ¿Pero estás loca?

Sofía De nada servirá cuanto usted me diga. Nada puede hacer cambiar mi resolución.

Sat. ¿Pero tú no sabes que...?

Sofía Yo quiero casarme con Cirilo que me idolatra, no con ese tartamudo. Si usted me quiere, concédame su permiso.

Sat. Pero si Cirilo no tiene una peseta.

Sofía Dentro de poco será muy rico.

Sat. ¡Qué borbotón de palabras! Nada, nada, no hay que cansarse. No te casarás con él.

Sofía Pues cuente usted con que ya no tiene hija, porque me moriré de pena.

Sat. ¡Será posible! (Paseándose muy agitado. Sofía vuelve con Cirilo y Gregoria.) Señor doctor, hágame el favor de ponerla otra vez muda.

Ven. Eso no puede ser. Lo único que puedo hacer es ponerlo á usted sordo para que no la oiga.

Sat. Muchas gracias. (Amenazando á Sofía.) ¿Pero piensas tú, hija desobediente, que yo...?

Ven. (Conteniéndolo.) No hay que enfadarse. Lo que importa ahora es distraerla. Que se vaya un rato al jardín; ya verá usted cómo poco á poco se olvida de ese demonio de Cirilo. Acompáñela usted, don Ruperto. Cuídela mucho, ¿eh?

Cir. Haré lo que usted mande, querido doctor. ¿Vamos, señorita?

Sofía Cuando usted guste.

Sat. (A Narciso, Ambrosio y Gregoria.) Id vosotros también. (Todos se van por la puerta del foro.)

ESCENA VI

DON SATURNINO y VENANCIO

Sat. ¿Ha visto usted cuánta insolencia?

Ven. No debe extrañarle, porque eso es el resultado del mal que ha padecido hasta ahora. Cuando enmudeció tendría la idea de casarse con ese demonio de Cirilo, ó Camilo; se le quedaron atrasadas una porción de palabras y, hasta que las suelte, no hay que esperar que se tranquilice.

Sat. Pues estamos divertidos.

Ven. Si usted supiera algo de astronomía lo entendería mucho mejor.

Sat. Es decir, que mientras no se desahogue...

Ven. Justamente. Es una evacuación que nosotros llamamos... *Soltavit palabri depositavit.*

Sat. ¡Es mucho talento el de este hombre!

ESCENA VII

DICHOS. NARCISO, AMBROSIO y GREGORIA, por el foro

Nar. ¡Ay, señor don Saturnino!
Amb. ¡Qué desdicha más grande!
Greg. ¡Ay, amo mío de mi alma!
Sat. ¿Pero qué pasa?
Greg. Que se la llevan.
Sat. ¿Pero á quién?
Greg. A la señorita.
Sat. ¿Qué dices?
Amb. Que el boticario no es boticario.
Nar. Ni se llama don Ruperto.
Greg. El boticario es Cirilo y se lleva robada á la señorita.
Ven. (Juntando las manos.) Creo en Dios padre todo...
Sat. ¡Qué dices! ¿Y habeis dejado que un hombre solo se burle de vosotros?
Amb. (Temblando.) No... no... estaba solo, que estaba con un revólver. El demonio que se acercase á él.
Sat. ¿Y este maldito doctor?...
Ven. Ya llegó el momento. (Aparte.)
Sat. Este tiene la culpa de todo.
Ven. (Aparte.) ¿No lo decía yo?
Sat. Buscadme una cuerda en seguida.
Greg. (Indicando la derecha.) Ahí dentro hay una muy larga.
Amb. Ya sé dónde está. Voy por ella. (Entrando.)
Sat. ¡Me las vas á pagar todas juntas, gran bribón! ¿Pero sabeis dónde se fueron?
Greg. Yo creo que al campo por la puerta del jardín.
Sat. ¡Al campo! Dios sabe dónde estarán.
Amb. Aquí está la cuerda. (Saliendo.)
Sat. Pues atádmelo de pies y manos á una silla, á este pícaro doctor.
Nar. Está bien, señor.
Sat. Bien fuerte para que no se escape.
Nar. Pierda usted cuidado. (Lo cogen Ambrosio y Narciso y lo sientan en la silla; luego lo atan fuertemente. Los actores pueden hacer lo que sea del caso. El autor lo deja á su buen talento.)

Amb. Andando, amiguito. Ahora te enseñaré á hacerle el amor á mi mujer.

Sat. Voy á mandar que salgan todos en busca de esos infames; y tú, Gregoria, mira por el balcón del comedor. Vosotros no me perdais de vista á este pájaro, que como no parezcan, lo colgaremos en una viga para escarmiento de pícaros. (Don Saturnino se va por el foro y Gregoria por la izquierda.)

ESCENA VIII

VENANCIO, AMBROSIO y NARCISO

Nar. ¿Pero es verdad que le hacía el amor á tu mujer?

Amb. Como lo oyes.

Nar. ¿Y con esa cara?

Ven. (Aparte.) Claro, como que no tengo otra.

Amb. Ya lo ves.

Ven. (Aparte.) Ya estoy como Cristo, entre dos ladrones.

Amb. ¿Qué murmura el amigo?

Ven. Nada, hombre; ¿que si estoy bien así?

Amb. No estás mal, pero luego estarás mejor.

ESCENA IX

DICHOS y MELCHORA por el foro

Mel. Dios guarde á ustedes, señores.

Amb. ¡Calle! ¿usted por aquí?

Mel. En cuerpo y alma.

Nar. ¿Y qué vientos le traen por esta casa?

Mel. El deseo de ver á mi marido.

Amb. ¿Y quién es su marido?

Ven. Yo. Mira cómo me encuentras.

Mel. ¡Atado!

Ven. Sí: atado como Cristo en la columna.

Nar. ¿Pero es usted la médica?

Mel. La misma que viste y calza.

Amb. ¡Ahora me explico por qué nos ponderaba tanto el talento del doctor!

Nar. Pues por mucho que tenga no se librará de que lo cuelguen.

Mel. ¿Qué está usted diciendo? ¿Es de veras?

Ven. Sí, hija mía.

Mel. ¿Y no te da vergüenza?

Ven. Yo bien quisiera evitarlo, pero se han empeñado en ello...

Mel. ¿Pero por qué quieren colgarte?

Ven. Porque acabo de hacer una cura asombrosa, y en vez de hacerme obispo, ó cosa por el estilo, me pagan en esa moneda.

ESCENA X

DICHOS. DON SATURNINO y GREGORIA

Sat. Nada, no se les ve por ninguna parte. (A Gregoria que sale.) ¿Y tú los has visto desde el balcón? (Paseando como un loco.)

Greg. No señor. Pero no se desespere, que la señorita es un ángel y don Cirilo un perfecto caballero.

Sat. ¿Y tú, cómo lo sabes?

Greg. (Turbada.) Yo... creía... me parece...

Sat. Yo tengo la culpa de todo. ¡Si no hubiera sido por la dotel... ¿Dónde se habrán ido?... ¿Qué estarán haciendo? (En este momento se oye la música y canta la copla siguiente. Todos los personajes que están en escena oyen con asombro la copla ó coplas.)

Música

Cir.

Los ángeles en el cielo
todos cantan á María,
y yo que estoy en la tierra
canto á la hermosa Sofía.
Si consigo que me quieras
y llego á ser tu marido,
seré el hombre más dichoso
que en este mundo ha vivido.

Hablado

Sat. ¿Será Cirilo? (A los criados.) Id y traérmelo al instante.

Amb. Yo no me atrevo, señor.

Sat. ¿Por qué?

Amb. Porque tiene revólver.
Sat. Entonces iré yo mismo.

ESCENA XI

DICHOS, SOFÍA y CIRILO, por el foro

Cir. No hace falta; aquí me tiene usted.
Sofía ¡Padre mío!... (Los dos se arrodillan.)
Sat. ¿Qué significa esto?
Cir. Esto significa enmendar una falta. No quiero llevarme robada á su hija de usted, quiero que usted mismo me la conceda.
Sat. Antes la meteré en un convento, que acceder á que se case contigo.
Sofía No, padre querido. Cirilo me quiere mucho, y yo sin él me moriría.
Sat. No me convences. Te casarás con Tiburcio, un chico muy rico y muy simpático...
Greg. Y muy tartamudo.
Cir. Aquí la tiene usted, pero le advierto...
Sat. ¿Qué?
Cir. (Yéndose á la puerta del foro y sacando un revólver.) Que yo no salgo vivo de esta casa donde se halla el alma de mi alma!
Sofía ¡Cirilo mío!
Sat. ¿Qué vas á hacer?
Cir. ¡Matarme! ¿Qué me importa la vida, si mi vida es ella y no me la conceden? (Apuntándose á la sien derecha.) ¡Adiós, Sofía! Reza por mí, y piensa que en el otro mundo te aguarda tu Cirilo. (Dispara al aire y cae al suelo quedando inmóvil. Venancio se cae con silla y todo y se toca cuerpo y cabeza para ver si lo han herido.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y TIBURCIO por el foro al mismo tiempo que cae Cirilo

Tib. ¡Demonio!
Sofía (Fingiendo llanto.) ¡Ya consiguió usted lo que deseaba!
Sat. No, hija querida. El era muy buen muchacho, pero como no tenía dinero...

Sofía ¿Y eso qué importa?

Sat. Dices bien. Si ahora volviera á la vida, le entregaría tu mano y toda mi fortuna.

Cir. (Levantándose.) ¿Es de veras?

Tib. Ca... ca... caracoles. (Dando un salto.)

Sat. Sí, hijos míos; casaros y sed muy felices.

Ven. ¿Y mi felicidad, quién la hace? ¿No hay un cristiano que me desate?

Sat. ¡Sí, hombre! (A los criados.) Soltadle. (Lo desatan.)

Cir. ¿Pero quién le ha puesto á usted así, doctor eminente?

Ven. Sus locuras de usted, porque las mías no merecen tanto.

Sofía No se apure usted, nosotros sabremos agradecerle el favor que nos ha hecho.

Cir. Será nuestro médico... (Aparte.) Mientras estemos buenos.

Ven. No, médico no. Prefiero ser leñador.

Cir. ¿Por qué?

Ven. Porque aún recuerdo los exámenes.

Mel. Mira, trátame bien, que á mí me debes el título de doctor.

Ven. (La mira; quiere pegarla y se contiene.) ¿A tí, eh? Me alegro saberlo.

Mel. ¿Por qué?

Ven. Porque te examinaré con frecuencia como me examinaron á mí.

Mel. Yo dije que eras médico, porque me dolían las espaldas de los palos que me habías dado.

Ven. No pienses en los que te he dado, piensa en los que te daré.

Mel. Después de todo, has pasado por un gran doctor.

Ven. ¡Son tantos los que pasan que no debían pasar!

Cir. ¡Cosas de la vida! Muchos adquieren fama de sabios, no por lo que saben, sino por el concepto que forman de ellos los ignorantes.

FIN DE LA ZARZUELA

COUPLETS PARA REPETIR

Cada mujer madrileña
del barrio de Lavapiés,
sin exagerar, señores,
vale lo menos por tres.
¡Qué caras, qué cuerpecitos
y qué manera de andar,
y qué modo de moverse
cuando ellas quieren... bailar!

—

En biplano y monoplano
todos quieren hoy viajar;
pero se rompen la crisma
sin poderlo remediar.
En cambio mi suegra, nada,
sin atreverse á subir;
¡qué lástima que no suba
para verla bien morir!

—

Una modista y un sastre
se fueron á pasear,
y por fin en la Moncloa
se sentaron á charlar.
Y no sé qué pasaría,
que el guarda los sorprendió
á los dos cosiendo tanto
que de espaldas se volvió.

—

Cuando veo á las mujeres
metidas en sus vesti...
me parece estar mirando
una tienda de embuti...
si las contemplas de frente
ó las miras por detrás,
por mucho que las observes
sólo embutido verás.

—

Para ver mujeres guapas
vino á Madrid un francés,
y yo le dije que fuera
al barrio de Lavapiés.
Tanto al francés le gustaron
las mujeres que hay allí,
que ayer con una morena
se ha fugado de Madrid.

—

Cuando veo el teatro lleno
gran alegría me da,
porque indica que este barrio
mucho me debe apreciar.
Pero en cambio si no vienen
me pongo muy *disgustao*
porque veo los garbanzos
más arriba del *tejao*.

—

En Canfranc hay un gran túnel
que lo van á perforar,
asistiendo lo más noble
que uno puede imaginar.
Aunque no estoy invitado
yo pensaba concurrir,
pero tengo mucho miedo
no me perforen allí.

—

Ayer noche un tabernero
me ha venido á suplicar
que le mande yo mi bota
pues me la quiere llenar.
Pero la señora Pepa,
de la calle de la Fe,
me dijo: «No se la mande,
que yo se la llenaré.»

Precio: UNA peseta